

Noches de vino y rosas. Género, Performance y Performatividad

Conclusiones de una investigación realizada en un eje recreativo nocturno de la ciudad de Montevideo

Prof. Adj. Gabriel Eira Charquero

Instituto de Psicología Social, Universidad de la Republica.

EJE 3: Cultura y política
(Genero, Performance, Performatividad)

¿Qué es, pues, verdad? Respuesta: una multitud movible de metáforas, metonimias y antropomorfismos, en una palabra una suma de relaciones humanas poética y retóricamente potenciadas, transferidas y adornadas que tras prolongado uso se le antojan fijas, canónicas y obligatorias a un pueblo. Las verdades son ilusiones que se han olvidado que lo son, metáforas gastadas cuya virtud sensible se ha deteriorado, monedas que de tan manoseadas han perdido su efigie y ya no sirven como monedas, sino como metal (Nietzsche, 1998, p. 6).

Agenciamientos colectivos de enunciación; la máquina de guerra de Gilles Deleuze, conceptual y nómada, territorializa su estrategia de semiotización en los devenires de la tarea que hemos realizado. Porque ¿de que se trata este texto-con-texto del Sistema Sexo/Género sino de un conjunto múltiple de agenciamientos?. Para la R.A.E. (2001), la acción de agenciar se define como el "Hacer las diligencias conducentes al logro de algo". Pero, ¿qué es lo que se agencia?. Deleuze respondería a esta pregunta hablando de tecnologías. Sin embargo, estos juegos de lenguaje se diferencian al tiempo que se difieren, configuran su "différance" (Derrida, 1989). El agenciamiento refiere a tecnología, y la tecnología (τεχνολογία) no se conformaría más que como el logos (λόγος) de la técnica (τεχνικός); el lenguaje propio de un arte y el discurso que da razón de las cosas. En última instancia, un agenciamiento implica alianzas tecnológicas y, por ello, necesariamente compromete al ejercicio de la enunciación. Wittgenstein le llamaría juego de lenguaje (1994) y Austin (1971), su discípulo post-mortem, señalaría que la cualidad central del lenguaje es su carácter performativo. Nuestra tarea nos ha conducido a atender a agenciamientos colectivos de enunciación, de ahí que Teresa de Lauretis (1992) le haya llamado a todo esto tecnologías de Sexo/Género, articulándose con aquellos aportes de Gayle Rubin (1996).

Si hay más de una lengua (Derrida, 1997), estos juegos juegos de lenguaje parecen desplegarse en cada una de las entrevistas realizadas, así como en las otras lenguas (gestualidad, "producciones", administración de los espacios, modalidades de comunicación) reconocidas en las observaciones. Es desde el ejercicio de estos juegos que se corrobora la naturaleza de los signos vigentes en el sistema; los pares significantes hombre/mujer, activo/pasivo, se constituyen a partir de significaciones que naturalizan su lógica de sentido (Deleuze, 1980). De este modo, el Eje Universitario Cordón se manifiesta como un texto-con-texto codificado desde este sistema de diferencias. La naturaleza de todo signo, así como de aquello a lo que los signos refieren, no se sostiene en el ser sino en el no-ser lo que otros signos son, proporcionando un sistema de diferencias circunscrito por el plano de la otredad¹. Así, el Sistema

1 Los modos a partir de los cuales los colectivos se piensan a sí mismos en relación con los otros, y a los otros en relación

Sexo/Género determina tanto la naturaleza como las consecuentes modalidades de existencia de los actores allí presentes. En correspondencia con su inscripción en tramas jerárquicas de relaciones, y obedeciendo a esta lógica binaria del sentido, el binomio ser/no-ser antes que configurar una relación establece procesos de centralización (Derrida, 1989) en torno al eje masculino-genital-heterosexual; la competencia se dibuja desde una significación entre quien consigue “al que la tiene más larga” y quien se apropia de aquel “que la tiene más larga”. Son dibujadas así las características de un juego falogocéntrico (Derrida, 1997) que captura también al par homo/hetero sexual en este proceso de centralización del cual venimos hablando. El deber ser se instituye como ser, codificando así las posibilidades del devenir que señalara Deleuze (1997); cosa que resulta posible distinguir en relatos hablados y graffittis, así como en los demás soportes no verbales. Este relato de relatos nos ha permitido relatar estos procedimientos reconociéndolos como juegos del lenguaje. ¿Como identificar las referencias si no lo es a partir de las inferencias que el lenguaje habilita?

Ahora bien, como señalaran Wittgenstein (1994) y Austin (1971), los juegos del lenguaje implican reglas de juego, aunque dichas reglas se vayan reglando en la misma medida en la que se juegan. Los rituales presentes en nuestro eje recreativo han dejado en exposición esta impronta reglada, al menos en sus fluidos direccionales. Por ello, y tal como advirtiera Austin (1971), los lenguajes se corresponden con modos de acción; implican accionares antes que mera palabrería. En este sentido, el “verso” comprende tanto a la palabra como a los ejercicios corporales, configurando a los accionares que definen a los referentes de los signos allí en juego. Se trata del carácter performativo del(os) lenguaje(s); una repetición de procesos orientados a alcanzar resultados que se utilizarán como punto de partida para las siguientes iteraciones. Nos encontramos aquí con relatos de relatos de relatos, con un proceso de huellas que se difiere y diferencia (“différance”; Derrida, 1989) desde/hasta el infinito. Se trata de una performance; el Sistema Sexo-Género actúa verbal y no verbalmente en una muestra escénica que desdibuja límites entre actores y público, así como entre escenario y tribuna; trazan las tramas de un texto-con-texto. Performance performativa, el sistema dispone los procesos de territorialización de sus juegos de identidad estableciendo una particular inquietud: “Los rasgos de la subjetividad son absorbidos totalmente por los roles y los disfraces en la fiesta pagana despreocupada y alegre del carnaval de los juegos” (Núñez, 2011, dec. 28). Un juego que enmascara la posibilidad de dejar de jugar; actores y personajes se asimilan entre sí, en un proceso de naturalización cuyas líneas de fuga se invisibilizan. El método Stanislavski² (2003) parece, en esta performance, diagramarse hasta el extremo. Ficción y no-ficción se difuminan en el ficcionar de las reglas. Vista de este modo, la performance del sistema sexo/género pone en escena las especificidades de la matriz semiótica de la cual procede, en la cual se inscribe, y a la cual otorga sentido. De allí que, para Victor Turner (1988), las performances revelaran los caracteres más profundos de las culturas, conviniendo a lo construido como copartícipe de lo real. Los juegos nocturnos, inscritos aquí, testimonian estos proceder con una particular asociación entre identidad y ontología; los roles identifican no sólo a los personajes, lo hacen asimismo con los actores que los actúan. El hacer deviene en un ser ontológico. De allí que estos movimientos, estos flujos de la identidad, iteren sus funciones en los haces de sentidos de estas tramas, estatuyendo sus productos. Se esfuman así las fronteras entre lo creado para la ocasión y el universo que lo precede; ello tanto por el particular carácter performativo de los lenguajes que allí se ponen en juego como por el ficcionar del universo semiótico en el que se inscribe. Masculinidades y femineidades son aquello que hacen y hacen aquello que son, por esto resultan llamativamente exógenas aquellas particularidades que se desplazan de lo predecible; son percibidas conflictivamente, “causan gracia”, “no les cae

con sí mismos.

2 Sustentado en la premisa de que el actor debe vivir una acción, no representar una ficción; debe realizar sus acciones como un ser humano lo haría en la vida real.

muy simpático”, “y hasta parece que queda ridículo”. Por todo esto, Judith Butler (2002) jerarquizará los aspectos performativos de nuestra performance; una articulación de juego(s) de lenguaje(s) que constituye aquello a lo cual refiere. Los roles dentro de estos juegos de actores no solamente son enunciados significantes, performan aquello de lo que hablan. Unos y otros términos de este binarismo se hacen desde el propio ejercicio de enunciarlos como tales; los enunciados no se limitan a describir los hechos sino que por el mismo hecho de ser expresados realizan aquello referido.

No hay, entre los jugadores que juegan, exterioridad a estas reglas de juego. Si la hubiera no habría juego. Quienes se localizaran en el exterior no serían jugadores de estos juegos, podrían haber optado por salir del tablero o bien a él podrían no haberse prestado. ¿Pero cual es el grado de posibilidad de que esto efectivamente hubiera sucedido? Esta “fiesta pagana despreocupada y alegre del carnaval de los juegos” (Núñez, 2011, dec. 28) logra borrar la posibilidad de dejar de jugar, otorgando al adjetivo “libre” una cualidad errónea.

Si *hombre/mujer* es un concepto, un antagonismo que organiza y da sentido a la energía social en la realidad (los relatos de la alteridad, el deseo, la seducción, etc.), *macho/hembra* son disfraces hiperrealistas que *tocan* el cuerpo, lo producen y lo arman (como el disfraz de mujer hecho de piel de mujer que se estaba confeccionando el travesti psicótico Buffalo Bill, en *The silence of the lambs*). La tecnología transformista de la vestimenta, la cirugía, las hormonas, la gimnasia, la gestualidad, aparece como la “solución final” sobre el cuerpo, de un furor o un empuje de *realismo* (verosimilitud o engaño) que nace sin metáfora y parece condenado a no detenerse. (Núñez, 2011, dec. 28)

Los juegos del lenguaje, estas performances performativas del Sistema Sexo/Género, se libretan desde los agenciamientos allí se territorializan. Sus guiones se inscriben en las artes del agenciar los discursos que dan razón de las cosas; el logos (λόγος), la más específicamente significativa de las tecnologías. Desde allí se constituye la codificación y -por ende- los conceptos que logran intuir y performar lo inteligible. Como objetara Nietzsche (1998), los conceptos no pueden evadir su carácter de arquetipos primigenios, pintados desde manos torpes que no logran fidelidad. Si embargo, el carácter performativo instituye la metáforas de manera tal que éstas olvidan su condición de tales; devienen en conceptos con pretensión de literalidad, en aquello que Lizcano (2006) llamara “zombis”. Entonces, no nos resulta posible evadir iterados hiperenlaces con aquel iconoclasta alemán, tal como le sucede esa heteroglósica nomenclatura que se despliega desde la Teoría Queer y, más contemporáneamente, desde el Transfeminismo de Emi Koyama (2003).

Como se desprende desde los relatos, estos agenciamientos producen, son producidos, juegan en flujos de metáforas. La pregunta, entonces, no debiera ser sobre la veracidad de un enunciado, ni sobre la mayor o menor cercanía de éste a lo real, ni siquiera sobre la existencia de la realidad (el solipsismo sólo seduce por la simpática belleza de su plano significante; algo así como el falocentrismo). El plano metafórico es real sencillamente porque los conceptos no son ni más ni menos que metáforas. Su único problema reside en esa compulsiva tendencia a olvidarse que lo son; el texto-con-texto así lo habilita. O más fuerte, aún; lo impone. No se trata, sin embargo, de tomar posición en el enfrentamiento entre la tecnocracia científica y cuantitativa contra la tecnocracia cualitativa y literaria; ambas sólo consideran reales sus propios juegos de lenguaje, por ello actúan tecnocracias. El problema es otro; olvidar el carácter metafórico del pensamiento. La enunciación es necesariamente un agenciamiento entre tecnologías; los agenciamientos tienen como producto a los procesos de territorialización;

la territorialización produce tanto a los territorios como a los habitantes que sobre ellos transitan. Los conceptos son metáforas, las metáforas son juegos de lenguaje, el lenguaje performa aquello a lo que refiere. Discutir sobre la metafísica de la realidad se torna aquí banalmente inoperante.

Aquello que guía nuestro juego de lenguaje, el devenir de nuestro Sistema Sexo/Género, no puede ser más que las reglas que se reglan al enunciar; un agenciamiento colectivo de enunciación. Esto no deja de ser una redundancia trampeada por el uso de diferentes fonemas; un agenciamiento no puede ser otra cosa que colectivo, y como tal no puede evitar la acción de ser enunciado. Resulta inevitable, entonces, la presencia del arte del bien decir, el buscar dar al lenguaje eficacia para deleitar, persuadir o conmover; retórica. Para que esta eficacia se configure como tal debe inscribirse en una estética capaz de lograr tal cosa. Ello implica alianzas tecnológicas, institucionalización de acuerdos sobre los límites entre el bien decir y lo mal dicho; agenciamientos. Se despliega de este modo una negociación entre los tropos aceptables y aquellos que no lo son, negociación que deviene en un uso de metáforas (μεταφορά), metáforas cuya iteración termina transformándolas en conceptos, conceptos que terminan performando el un-verso en el cual transitan.

En el espacio recreativo nocturno que nos ha ocupado se recurre, como no puede ser de otra manera, a los recursos disponibles; hay condiciones de enunciación. Vale la obviedad, porque nos permite el juego retórico de señalar la consistencia de dichos recursos. Esta consistencia se sostiene en sus condiciones de verosimilitud. Porque no se trata de definir la verdad como cualidad del enunciado, alcanza para eso citar a los correspondentistas; la verdad como aquel enunciado que se corresponde con la realidad. Lo que resulta significativo, en cambio, es el plano de los efectos de verdad. No interesa definir al enunciado verdad sino al procedimiento que permite su identificación como tal; ¿cual enunciado es considerado verdadero, porque ése y por qué no cualquier otro en su lugar?. En otros términos, corresponde preguntarse sobre la verosimilitud.

En estas condiciones de enunciación se imponen metáforas provenientes de la economía política, metáforas que permiten a sus habitantes la inteligibilidad de los movimientos que allí se despliegan. Desde el acaecimiento de las lógicas del libre mercado, los actores actúan, se piensan y son pensados, como bienes de uso y bienes de cambio. En este sentido, y recurriendo al análisis sociometafórico de Emmánuel Lizcano (1999), puede identificarse la configuración de sus movimientos como los de empresas atentas a los flujos de la oferta y la demanda. Desplegados de esta manera, los actores adscriben a los modos de funcionamiento del capitalismo; no se relacionan exclusivamente con bienes de uso, jerarquizan la apropiación en modalidad de bienes de cambio. Pierre Bourdieu (2001, 2007 y 2012) ya ha advertido la necesidad de atender a la acumulación de un capital que debiera ser denominado de otra forma. Ha propuesto categorías tales como capital simbólico, capital cultural incorporado, capital cultural objetivado, capital cultural institucionalizado, y capital social. Desde allí ha buscado construir herramientas conceptuales que posibiliten explicar algunos modos de actuar, más allá de la restringida significación financiera del vocablo “capital”.

Si se sabe que el capital simbólico es un *crédito*, pero en el sentido más amplio del término, es decir una especie de avance, de cosa que se da por descontada, de acreditación (*créance*), que sólo la *creencia* (*crvyance*) del grupo puede conceder a quienes le dan *garantías* materiales y simbólicas, se puede ver que la exhibición del capital simbólico (siempre muy costosa en el plano económico) es uno de los mecanismos que hacen (sin duda universalmente) que el capi-

tal vaya al capital. (Bourdieu, 2007, p. 190)

En este orden, el Sistema Sexo/Género aparece aparece también constituido como un ejercicio de acumulación de capital simbólico, un juego orientado a enriquecer la cuenta corriente de la identidad. Los actores establecerán allí estrategias que dispongan el fortalecimiento de sus cualidades, mejorando su valor jerárquico dentro del mercado de la noche. Acordando con las líneas de estratificación de la sociedad en la cual se inscribe, los estados de cuenta parecen modelarse desde un proceso de centralización en torno al pivote masculino-genital-heterosexual; toda la performance aparenta desplegarse desde allí. Compradores y vendedores tomarán estas referencias, incluso cuando a ellas se resistan. ¿Como dejar de jugar a este juego inscrito como orden natural? Chela Sandoval (2000) ha propuesto instrumentaciones desde el vocablo “afinidad”, el cual permitiría minimizar los daños de la identidad ontológica. Sin embargo, el proceso de naturalización falogocéntrica dificulta en extremo su propuesta; los hiperenlaces cyborg de Haraway (1995), cuasi literalizados desde los flujos las TICs, aparecen trazando líneas en beneficio de este status quo; "Identidades esencializadas/violencias activadas" (Femenías, 2008).

En el entendido de Roland Barthes (2007), la lengua se define más por lo que obliga a decir que por aquello que impide. Los signos, configurados en sistemas de diferencias, radican su existencia en función de sus posibilidades de iterar; son en la medida que son reconocidos por la repetición, detrás de ellos esto duerme el monstruo de la estereotipia. Este plano del problema transforma a los hablantes en amos y esclavos de lo que están hablando; el hablante sería hablado por su lengua. Por tal motivo, para este semiólogo francés el adjetivo adecuado para definir los juegos del lenguaje sería el fascismo.

“La razón en el lenguaje: ¡oh, que vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática” (Nietzsche, 2001, p. 55). Éste aforismo ha conducido a titular una de las obras de quien tal vez sea una de las más brillantes estrellas del Star System filosófico del Uruguay; “La vieja hembra engañadora” (Núñez, 2012), una reciente re-lectura crítica de aquel iconoclasta alemán. Sin embargo, y pese a las objeciones de Núñez, objeciones que atacan la obra nietzscheana recuperándola en contra de sus propios presupuestos, los epígrafes así criticados son tan condenados como salvados, construyendo desde allí otro régimen de comprensión (otras reglas desde otros juegos de lenguaje).

Estos hiperenlaces transtextuales se imponen a la hora de poder ¿concluir? La tarea de esta tesis; una tarea reglada, dentro de esa legislación a la que refiriera Barthes, por los juegos del lenguaje del Homo Academicus (Bourdieu, 2008). Es que el carácter fascista de la lengua se manifiesta particularmente en los designios de los juegos de lenguaje del Sistema Sexo/Género. Porque más allá del reconocimiento de que toda la lengua es una acción rectora, su carácter performativo instituye modalidades de existencia que se materializan trascendiendo las meras reglas gramaticales. La ontología identitaria puede llegar a configurarse desde allí como juegos de oxímoron (del griego ὀξύμωρον, oxymoron, en latín contradictio in terminis); recursos retóricos que combinan conceptos en significados aparentemente contradictorios y destinados a resignificarse. El más de una lengua juega a instituirlo, por ejemplo, desde naturalizaciones tales como esas modalidades de activa pasividad territorializadas en la pre-suelta identidad femenina. La propia identidad se extiende como oxímoron; libera apresando y apresa liberando. ¿Cómo re-significar estos procedimientos?

Para Butler resulta estratégico discriminar el concepto de performance del de perfor-

matividad. Sin embargo parece no advertir que aquello que define al arte performático se sostiene en la posibilidad de la improvisación, aunque ésta se encuentre reglada por la dirección del performer; la performance deviene en otra performance, pese al libreto. Los actores juegan con este devenir, en relaciones de negociación y reconstrucción tan presentes como la repetición, ésta es su especificidad artística. Tal vez la mayor dureza de estos juegos se relacionen con el carácter ontológico performativo que suelen tener al diagramar la identidad; tienen que ver con el ser y el no-ser, y sobre el ser nada se puede decir.

La identidad nos hace posibles, inteligibles para nosotros mismos y para los demás. Al mismo tiempo, la identidad es algo imposible en el sentido que nunca se logra fijar y que siempre está amenazada por el inconsciente y por la mirada del otro, de cuyo reconocimiento depende su viabilidad. La necesidad de fijar una identidad indica, pues, que somos seres sociales, que somos reconocibles como humanos en la medida que abrazamos y somos abrazados por categorías que nos otorgan reconocimiento. La identidad es un intento, nunca alcanzado, de mostrarnos a nosotros mismos como seres coherentes, sin fisuras. En este sentido, las identidades suponen una tentativa de cierre o una máscara que nos impide asumir nuestra radical singularidad y la complejidad de nuestra subjetividad. Se trata, además, de un proceso inherentemente ambivalente; las identidades nos hacen visibles al mismo tiempo que nos someten. (Coll-Planas, p. 299)

Sobre el ser nada se puede decir sin utilizar el propio vocablo del cual algo se intenta decir. Y, de acuerdo a la cita precedente, pareciera que nada se puede decir de la identidad sin utilizar la primera persona, sea ésta singular o plural. El yo y el nosotros se imponen como existencia gramatical, aunque el “hecho de que ahora esta ficción sea habitual e indispensable, no prueba en modo alguno que no sea algo imaginado; algo puede ser condición para la vida y sin embargo falso” (Nietzsche, 2012, ¶ 1).

Pero estos juegos identitarios se constituyen desde binomios asimétricos que configuran juegos asimétricos de relaciones, imponiendo una inhabilitación de la salida desde la más autoritaria de las teologías; la naturaleza. No obstante, el propio Wittgenstein de ha ocupado de hablar muy bien y mucho de aquello de lo que no se puede hablar; jugando otros juegos de lenguaje desde otras reglas de juego. Las líneas de fuga resultan extremadamente dificultosas, pero no imposibles.

Somos pensamiento sin nadie que lo piense, huellas de huellas, signos derruídos, afeerrados a la forclusión de la ausencia de un libro trascendente. La posibilidad de salida se relaciona cada vez que la iteración en el relatar se vuelve a conjugar. Lenguajes de lenguajes, relatos de relatos que se difieren y se diferencian; el Uróboros se transforma al alimentarse de sí mismo.

Los juegos del “Segundo Sexo” (de Beauvoir, 2005) han posibilitado, desde aquel mítico trabajo de 1949, incesantes nuevos relatos que han buscado escindir el término mujer de aquella centralidad masculina. Si bien aún no lo han logrado, han trazado múltiples caminos que van desdibujando los relatos originarios para conjugar otros en búsquedas de nuevas direcciones. Tal como se ha encargado de historiar Belén Macías (2013), Desde una resistencia configurada en la escencialización reivindicativa de la mujer, se han atravesado tres olas de feminismo que han ido deviniendo en nuevos relatos que han ido desdibujando las categorías de estos pares binarios; desde Monique Wittig, a la Teoría Queer y, más recientemente, desde el transfeminismo que comienza a extenderse con “The Transfemist Manifest”, firmado por Emi Koyama (2003).

Desde este último lugar, se busca entender a todo el Sistema Sexo/Género como un dispositivo de opresión de los cuerpos para integrarlos operativamente al status quo. Desde allí, el transfeminismo se propone modificar, ampliar, alterar y transformar los códigos que rigen las construcciones de este dispositivo, más allá de la binomio transexualidad/feminismo. Desde la perspectiva transfeminista, por tanto, no hay características biológicas que diferencien los roles entre hombres y mujeres, sino que estas diferencias surgen a raíz de la clasificación que se impone a uno u otro sexo desde el nacimiento. Las reivindicaciones transfeministas se dirigen a toda la organización social que deriva de esta diferenciación entre el género masculino y femenino para intentar crear una sociedad en la que los seres humanos sean considerados literalmente iguales.

No obstante, la centralización masculino-genital-heterosexual parece adquirir particular potencia en el eje-recreativo-Cordón. En efecto, ¿se trata de un territorio exclusivamente heterosexual? Muy posiblemente no, sin embargo estas objeciones no parecen manifestarse explícitamente si no lo es a través de graffitis o alusiones secundarias en el plano de lo irrisorio, desdibujando otras posibilidades. Los rituales de cortejo se manifiestan orientados desde y hacia el pensamiento heterocentrado, tal como advirtiera Monique Wittig (2010) tanto tiempo atrás. La legislación en torno al matrimonio igualitario (Ley N° 19.075³), así como la constante movilización LGTB del Colectivo Ovejas Negras⁴, aún no han logrado transformar mayormente estas tramas del relato. Interrogados sobre este aspecto, miembros de las comunidades LGTB han manifestado preferir sus actividades en otros circuitos en los cuales se sienten más integrados a mayores rangos de respeto. Estos aspectos fortalecen aún la percepción de los procesos de centralización masculino-genital-heterosexual, desplazando las identidades LGTB hacia el margen. Tal plano del juego, impulsa hacia el desarrollo de formas de abordaje específicas que posibiliten otras lecturas de estos libros ausentes.

Se trata de huellas de huellas, en un relato sin principio ni final. Lo cual impele la necesidad de constantes lecturas de relatos; transformados, resignificados y vueltos a relatar.

Bibliografía

Barthes, Roland. (2007). *El placer del texto. Lección inaugural*. Madrid: Siglo XXI.

Blanchot, Maurice. (1973). *La ausencia del libro. Nietzsche y la escritura fragmentaria*. Buenos Aires: Caldén.

Bourdieu, Pierre. (2012). *Capital simbólico y magia social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Butler, Judith. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, Judith. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith. (2009). *Dar cuenta de si mismo. Violencia, etica y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Butler, Judith. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Madrid: Paidós.

3 Poder Legislativo de la R.O.U., disponible en <http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=19075&Anchor=>.

4 Espacio oficial Facebook disponible en <https://www.facebook.com/colectivoovejasnegras>

- Coll-Planas, Gerard (2009). *La voluntad y el deseo. Construcciones discursivas del género y la sexualidad; el caso de trans, gays y lesbianas*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- de Beauvoir, Simone. (2005). *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra.
- de Lauretis, Teresa. (1992). *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*. Madrid: Cátedra.
- Deleuze, Gilles. (1980). *Lógica del Sentido*. Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Deleuze, Gilles. (1987). *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, Gilles. (1990). "¿Qué es un dispositivo?". En Deleuze, Gilles et al. *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, Gilles. (1996). *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, Gilles. (2002). *Diferencia y Repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Derrida, Jacques. (1971). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Derrida, Jacques. (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Femenías, María Luisa. (2008). "Identidades esencializadas/violencias activadas". En *Isegoría*, 38, 15-38. Disponible en <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/viewArticle/401>. Recuperado 19/10/2013
- Foucault, Michel. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Gabilondo, Angel. (1990). *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*. Barcelona: Anthropos.
- Haraway, Donna. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Koyama, Emi. (2003). "The transfeminist manifesto." En Dicker R, Piepmeier A, (eds.) *Catching A Wave: Reclaiming Feminism for the 21st Century*. Boston: Northeastern University Press.
- Lakoff, George & Johnson, Mark. (2005). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Macías, Belén. (2013). *Furia de género: el transfeminismo como práctica política de lucha integradora*. Barcelona: Instituto Interuniversitario de Estudios de Mujeres y Género
- Nietzsche, Friedrich. (1998). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. En La caverna de Platón. Madrid: Revista de Filosofía del I.E.S. Octavio Paz . Disponible en <http://www.lacavernadeplaton.com/articulosbis/verdadymentira.pdf>. Recuperado 6/11/2013.
- Nietzsche, Friedrich. (2001). *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, Friedrich. (2003). *Más allá del bien y del mal*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- Nietzsche, Friedrich. (2012). *El nihilismo (Escritos póstumos)*. En Librodot.com. Disponible en http://www.librodot.com/es/book/detail_prod/2957. Recuperado 3/6/2013.
- Nietzsche, Friedrich. (2012). *De los Fragmentos póstumos*. En Librodot.com. Disponible en http://www.librodot.com/es/book/detail_prod/11593. Recuperado 3/6/2013.
- Núñez, Sandino. (2011). *Disney War*. Montevideo: Hum.
- Núñez, Sandino. (2011). "juegos absolutos". En *Geopolítica de la subjetividad*. Disponible en <http://sandinonunez.blogspot.com/2011/12/juegos-absolutos.html>. Recuperado 4/3/2014

- Núñez, Sandino. (2012). *La vieja hembra engañadora*. Montevideo: Hum.
- Potter, Jonathan. (1998). *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Preciado, Beatriz. (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Opera Prima.
- Preciado, Beatriz. (2008). *Testo yonqui*. Barcelona: Espasa Libros.
- Preciado, Beatriz. (2010). *Pornotopia. Arquitectura y sexualidad en "Play Boy" durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.
- Rubin, Gayle. (1996). "El tráfico de mujeres: Notas sobre la 'economía política' del sexo". Lamas Marta (Comp). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG.
- Sandoval, Chela. (2000). *Methodology of the Oppressed*. Minneapolis: University of Minnesota Press. Sandoval, Chela (2004). "Feminismo cyborg y metodología de los oprimidos". En VV AA *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Schechner, Richard. (2000). *Performance. Teoría y prácticas interculturales*. Buenos Aires: Libros del Rojas-Universidad de Buenos Aires.
- Stanilavski, Konstantin. (2003). *El arte escénico*. México: Siglo XXI.
- Taylor, Diana. (2002). "Hacia una definición de Performance". En *Performanceología*. Disponible en <http://performancelogia.blogspot.com/2007/08/hacia-una-definicion-de-performance.html>. Recuperado 29/05/2013.
- Turner, Victor. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- Wittgenstein, Ludwin. (1991). *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa.
- Wittgenstein, Ludwin. (1994). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, Ludwin. (1999). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Altaya.
- Wittig, Monique (2010). *El pensamiento heterocentrado y otros ensayos*. Madrid: Egales.